

Intelectuales y cultura política: *Punto de Vista* y *Revista de Crítica Cultural* en la transición democrática

Avance de Investigación en Curso
GT 17: Pensamiento Latinoamericano
Martina Garategaray

Resumen:

Esta ponencia se propone explorar cómo se articuló “el tránsito” (la transición desde una cultura autoritaria a una cultura democrática) en las revistas *Punto de Vista* (Buenos Aires, 1978-2008) y *Revista de Crítica Cultural* (Santiago de Chile, 1990-2008). Si bien autodefinidas como revistas culturales, literarias o artísticas, ambas tuvieron un rol importante en los debates sobre la transición postdictatorial.

Es nuestra hipótesis que en los años de la “vuelta a la democracia” estas revistas se constituyeron en identidades político-ideológicas con un proyecto crítico y autónomo que se desplegó en sus páginas y que estuvo signado por la democratización de sus culturas políticas y el nuevo rol que los intelectuales debían asumir frente al debate público y “lo político”.

Palabras Clave: Democracia, Revistas, Intelectuales

Introducción

Dos derrotas dieron lugar a la transición a la democracia en Argentina y Chile. En 1982 los militares argentinos fueron derrotados en la guerra de Malvinas iniciándose un proceso de apertura que concluyó con las elecciones de 1983 y la victoria del candidato radical Raúl Alfonsín. En Chile, el punto de partida para la transición fue la derrota de Augusto Pinochet en el plebiscito de 1988 con el posterior llamado a elecciones en 1989 y la victoria del representante de la Concertación de Partidos por la Democracia, Patricio Aylwin. Ambos países avanzaron de este modo en el proceso de democratización no sólo político institucional, sino también cultural.

En estas páginas nos proponemos explorar cómo se articuló “el tránsito” (la transición desde una cultura autoritaria a una cultura democrática) en dos revistas emblemáticas de Chile y Argentina como *Punto de Vista* (PDV) y *Revista de Crítica cultural* (RCC). *Punto de Vista* fue publicada en Buenos Aires, entre 1978 y 2008 como una revista literaria y cultural. Dirigida por Beatriz Sarlo y un consejo de redacción que integraron entre otros: Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglio, Hilda Sabato, Hugo Vezzetti, José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Oscar Terán, nació con todas las dificultades que ello significaba, en plena dictadura militar y acompañó el denominado proceso de transición y consolidación democrática. La revista proponía nuevas lecturas o relecturas de la historia de las ideas, la teoría política, la sociología de la cultura y la crítica literaria.

La *Revista de Crítica Cultural* (Santiago de Chile, mayo 1990- diciembre 2007) fue una publicación trimestral dirigida por Nelly Richards (teórica y crítica de arte) y en su consejo editorial colaboraron hasta 1995: Juan Dávila (artista y escritor), Eugenio Dittborn (artista visual) Diamela Eltit (escritora y ex miembro de CADA, Colectivo de Acciones de Arte), Carlos Pérez (filósofo), Adriana Valdéz (ensayista y crítica) y Carlos Altamirano (artista plástico). Sus 36 números proponían, desde una arena interdisciplinaria, intervenir de un modo crítico en los debates culturales acompañando el desembarco democrático hasta su consolidación generando un espacio alternativo y transdisciplinar.

Definidas como un laboratorio de ideas, espacio relevante de debate y legitimación política y cultural, y también lugar de encuentro y sociabilidad, las revistas se convirtieron en un espacio privilegiado para los estudios centrados en la intelectualidad y el pensamiento (Altamirano, 2005; Pluet Despatin, 1992); una clave importante tanto para la sociología de los intelectuales como para la historia intelectual en la medida que permiten aprehender una época y sus debates. En estas páginas partimos de la idea que las revistas son identidades político-ideológicas con un proyecto que se despliega en sus páginas y que puede ser explorado. En este camino, nos proponemos estudiar a estas dos revistas que desde la cultura, el arte y las letras, tuvieron un rol importante en los debates sobre la transición postdictatorial. Si bien más de una década separa el surgimiento de Punto de Vista y Revista de Crítica Cultural, las dos representaron respuestas singulares a un problema común: la democratización de sus culturas políticas y la relación que los intelectuales debían establecer con el debate público y “lo político”. Este terreno compartido explica las referencias cruzadas, la publicación de artículos en ambas revistas y la construcción de un espacio común de debate e intercambio.

Si toda identidad se define y redefine en un terreno signado por cuatro dimensiones: la identidad, la alteridad, la tradición de pertenencia y la representación (Aboy Carlés, 2001); buscamos desentrañar cómo se pensaron estas revistas, cómo construyeron un nosotros, un ellos, un pasado, y cómo buscaron desplegar su proyecto político cultural. Veremos que todas estas operaciones, en principio discernibles, están entrecruzadas por la lógica de la diferencia y de la equivalencia propia de toda constitución identitaria, y por el contexto particular de “la vuelta a la democracia”.

Punto de Vista

Punto de Vista comenzó a salir en pleno Proceso de Reorganización Nacional con el imperativo de instalar otro punto de vista, y ejercitar así el debate crítico. Una tarea opositora que en plena dictadura no parecía fácil. Sus primeros números fueron escritos entre líneas y firmados con seudónimos y esta práctica se abandonó en el número 12, de julio-octubre de 1981, frente a la distensión del régimen militar en el que aparece el primer editorial, los nombres del Consejo de Dirección, y Jorge Sevilla cede el lugar en la dirección a Beatriz Sarlo, que figuraba desde julio de 1979 como secretaria de redacción. En este sentido, si bien la revista se ubica en una coyuntura política de proscripciones y oposiciones, tal como sostiene Patiño, no tematizó la disidencia, partió de la disidencia crítica como deber moral pero no se ancló en la mera denuncia y esta característica le permitió a la publicación atravesar la década y pasar “de ser una revista de resistencia a convertirse en un espacio de debate de la cultura de la democratización” (Patiño, 2000, p.1).

Una segunda etapa de la revista se inició con la incorporación al grupo original de los exiliados José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán y Emilio de Ípola en 1983. Con ellos tuvo lugar un giro hacia la teoría política, a repensar las relaciones entre democracia y socialismo, y la revisión del pensamiento marxista¹. Una etapa fuertemente vinculada al alfonsinismo y la participación de todos los miembros del comité de redacción de la revista en el Club de Cultura Socialista, y que culmina con la crisis del gobierno radical y la emergencia del menemismo². Una vez instalado Menem en el ejecutivo

¹ Según Patiño entre 1984 y 1986 se alternan dos tipos de artículos, los históricos y los analíticos. Los primeros buscaban en el pasado las claves para explicar y fundamentar las posiciones presentes. Los segundos discutían las alternativas teóricas a la crisis de la izquierda y los modos de compatibilizar socialismo y democracia (1997, p.13).

² La fundación del Club, en julio de 1984, fue el resultado de la fusión del grupo de la Revista *Punto de Vista* y el grupo de *Pasado y Presente* que había transitado su exilio en México y que se había ampliado en las experiencias de la Revista *Controversia* y del Grupo de Discusión Socialista. Afirma Altamirano que “en 1980 viajé a México y me puse en contacto especialmente con uno de los grupos de exiliados, el que allí publicaba la revista *Controversia*” (Trímboli, 1998, p. 16). Su grupo fundador estaba integrado por: José Aricó, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Juan Carlos Portantiero, María Teresa Gramuglio, Sergio Bufano, Marcelo Cavarozzi, Alberto Díaz, Rafael Filippelli, Ricardo Graziano, Arnaldo Jáuregui, Domingo Maio, Ricardo Nudelman, José Nun, Osvaldo Pedroso, Sergio Rodríguez, Hilda Sabato, Jorge Sarquís, Jorge Tula,

nacional, la revista será crítica a su gestión y a su estilo político, manifestando su oposición a la nueva argentina que se estaba construyendo.

Ahora bien, ¿cómo se define Punto de Vista? ¿Cuál es su pasado de pertenencia?. En palabras de la revista:

Existe una tradición argentina que los que hacemos Punto de Vista reconocemos: una línea crítica, de reflexión social, cultural y política que pasa por la generación del '37, por José Hernández, por Martínez Estrada, por FORJA, por el Grupo Contorno. Descubrimos allí no una problemática identidad de contenidos, sino más bien una cualidad intelectual y moral (PDV, 1981, p.2)

Los miembros de Punto de Vista buscaban así construir una representación de sí mismos como figuras no complacientes dentro del orden establecido. Ubicando a la revista en una genealogía que partía de la generación del '37 y llegaba a la revista Contorno, el linaje propuesto hacía de la disidencia intelectual un deber moral (King, 1993). Es así que las múltiples referencias construyen un linaje de vanguardias rupturistas que se detiene en Contorno afirmando que “la validez del programa de Contorno respecto de la visión crítica del pensamiento, si bien ha tenido en el campo de la cultura continuadores escasos, sigue vigente” (PDV, 1978, p.7)³.

Contorno fue una revista literaria argentina fundada en 1953 por jóvenes intelectuales de izquierda que bajo la dirección de Ismael Viñas buscaban problematizar, en una actitud de revisión, la relación entre literatura y sociedad⁴. El grupo de Contorno llevó a cabo una revisión del quehacer de la intelectualidad nacional y enfatizó, a través de su crítica, la búsqueda de una necesaria renovación en la que los intelectuales tenían que cumplir una función de compromiso social y político con el pueblo. La revista tuvo sólo diez números y dos cuadernos, y cerró en 1959. No obstante, constituyó el germen de la franja denunciante que en los sesenta entró en ebullición al ritmo de los cambios políticos y sociales que se llevaron a cabo en el mundo y en la Argentina. Rescatar esta experiencia era trazar una continuidad con estos años y no con la politización revolucionaria de los setenta; era un modo de recuperar un pasado y no otro.

Si bien Punto de Vista enmarcaba su pertenencia al mundo de las letras, no tardó en asumir posiciones que la ubicaron en el terreno de la cultura política⁵. En palabras de su directora, fue “una publicación de intelectuales destinada a un público intelectual que mantenga una mirada atenta tanto sobre la literatura y el arte como la ideología y la política” (Sarlo, 1999, p.533). Resulta clave destacar que la revista, más allá de la heterogeneidad de figuras, era una revista intelectual⁶. De intelectuales

Oscar Terán, Hugo Vezzetti, Emilio de Ípola. En 1993, después del sacudón provocado por la muerte de “Pancho” Aricó en 1991, sobrevino otra crisis en el Club. Frente a la apatía que producía el menemismo un sector impulsó la idea de revigorizar al Club promoviendo una inserción mucho más directa y activa en la vida política argentina. Otro sector - mayoritario- optó por reconocer la necesidad de cambios pero que los mismos debían implementarse de manera gradualista. Como consecuencia de la crisis, Beatriz Sarlo, Hugo Vezzetti, Rafael Filippelli, Adrián Gorelik y otros dejaron de pertenecer al Club.

³ En el mismo número 4, de noviembre de 1978, se hace referencia al 25 aniversario de la publicación de Contorno y se reeditan 2 de sus artículos.

⁴ Algunos de los que participaron de la experiencia junto a los hermanos Viñas, David e Ismael, fueron León Rozitchner, Noé Jitrik, Juan José Sebreli, Oscar Masotta, Carlos Correas, Rodolfo Kusch, Adelaida Gigli, Ramón Alcalde y Tulio Halperín Donghi.

⁵ En este sentido, enmarcados en el período que nos interesa explorar, aparecen varios editoriales. El primero de ellos fue la nota de Carlos Altamirano en el número 15 de agosto-octubre de 1982 con respecto a la guerra de Malvinas. En “Lecciones de una guerra” se declara que frente a la disgregación del régimen militar se ha abierto la posibilidad de la democratización. A estas palabras se sumaron los editoriales en los números de 1983 apoyando la emergencia democrática y al gobierno de Alfonsín, el de julio de 1987 repudiando los sucesos de Semana Santa, y en julio de 1989 criticando al gobierno de Menem.

⁶ El Consejo de redacción en los números 12 al 15 estuvo integrado por: Carlos Altamirano, Ricardo Piglia, Beatriz Sarlo, Hugo Vezzetti, en el número 16 Piglia abandona *Punto de Vista* y a partir del número 17 se incorporó Hilda Sabato, desde el número 20, José Aricó y Juan Carlos Portantiero, a partir del 42 Adrián Gorelik y en el 53 un Consejo Asesor integrado por: Raúl Beceyro, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Federico Monjeau y Oscar Terán.

que reconocían un pasado compartido, que articulaba experiencias como la militancia política en el Partido Comunista y la experiencia editorial de *Los Libros*⁷. Y de intelectuales que, construyendo una vocación crítica, se proponían discutir ese pasado reciente trazando las coordenadas de lo que sería la labor del intelectual en los nuevos tiempos democráticos.

Desde esta estrategia, presentaron autores que reflexionaron críticamente sobre la cultura: se introdujo el último Roland Barthes, la sociología de Pierre Bourdieu y los estudios culturales británicos, particularmente a Raymond Williams. Estos autores permitían articular lo global a lo nacional y repensar la relación entre política, ideología y literatura. Si bien todos ellos fueron autores cruciales para la reforma de la crítica literaria de los próximos años, resulta interesante apuntar la estrategia identitaria que asume la revista al presentarlos. Tal como sostienen Plotkin y González Leandri, la revista asume una “autorreferencia oblicua” que consiste en hablar de sí mismos como si hablaran de otra cosa. Es así que la idea bourdiana de autonomía del campo intelectual le sirvió a Sarlo y Altamirano “como base de un programa que les permite criticar la fagocitación de la cultura por la política en los setenta y reconstruir la especificidad del discurso cultural frente a sus otros: las tradiciones izquierdista marxista y populista” (Plotkin y González Leandri, 2000, p. 226). La introducción de estos autores como herramientas de análisis para la crítica, les permitió reflexionar sobre ellos mismos como intelectuales y sobre la situación argentina.

En estos caminos la revista fue definiendo su identidad de intelectuales críticos y democráticos. En julio de 1983 decían:

Para que un proceso de democratización efectiva pueda abrirse paso (...) la Argentina tiene que transformarse. La democracia podrá arraigar como hábito, como cultura política, únicamente si esa transformación no es concebida como tarea de elites.

Las reconstrucciones de la cultura argentina, de sus instituciones y de sus redes, de todo aquello que ha sido degradado material e ideológicamente, constituirá un desafío para los intelectuales. Porque esa reconstrucción exigirá debate y espíritu crítico, pero también nuevas ideas. Y los intelectuales no deben participar de ella con mentalidad de preceptores o de profetas, sino como ciudadanos” (PDV, 1983a, p. 3).

Este compromiso, en clave ciudadana, les permitió pasar del paradigma revolucionario al consenso democrático a través del ejercicio de una práctica intelectual crítica que estaba en la base de su proyecto editorial (Olmos, 2001, p.94). Es así que la apelación a la ciudadanía funcionó tanto como crítica a la idea de vanguardia iluminada propia de las tradiciones de izquierda en el pasado reciente, como concepto diferenciado del tan emulado pueblo o nación de la tradición peronista. Frente a estas tradiciones, que habían monopolizado los sentidos en el pasado reciente, Beatriz Sarlo definía el proyecto de la revista como el de abandonar ciertos supuestos con respecto a la relación entre cultura, política y proyecto nacional:

1, el de una “identidad popular” inmutable y sustancial, que se manifestaría en una línea continua en el campo de la cultura; 2, simétricamente, el de una elite intelectual, despojada por definición de las dimensiones nacional y popular; 3. el de una simbiosis inevitable de las dimensiones nacional y popular, simbiosis que la observación de los hechos, prácticas y

⁷ La revista *Los Libros* nació en 1969 bajo la dirección de Héctor Schmucler y el respaldo de editorial Galerna y fue cerrada por el *Proceso* en 1976. En sus comienzos buscaba dar cuenta de los debates en torno al estructuralismo francés, y las novedades en humanidades y ciencias sociales, no obstante para 1971, al compás de los sucesos políticos, vira hacia la cultura y la política para asentarse para 1973 firmemente en la política. En 1975 le imprimieron su marca a la dirección Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, que pertenecían al Partido Comunista Revolucionario, que era una escisión maoista del Partido Comunista, y Ricardo Piglia que provenía de Vanguardia Comunista. La aparición de *Punto de Vista*, en sus primeros números financiada por Vanguardia Comunista, y con la presencia de Sarlo, Altamirano y Piglia en el comité editorial llevó a algunos a afirmar que su proyecto era una continuación de *Los Libros*. Aunque resulta interesante apuntar que esta tradición, con un claro compromiso político, no fue recuperada en la genealogía en la que *Punto de Vista* buscaba insertarse.

discursos culturales se empeña en desmentir, demostrando que ambas dimensiones plantean básicamente el problema de cómo construirse en una trama; 4. el de una concepción fijista de las formas culturales que pasa por alto el cambio de su función y que, en consecuencia deshistoriza el proceso de préstamos, influencias y contaminaciones producido entre discursos y prácticas culturales heterogéneos ideológica y socialmente (Sarlo, 1983, p. 5).

Si estas palabras invitaban en democracia a definir un nuevo proyecto que permitiese deconstruir las verdades consagradas del pasado reciente y que sea capaz de rearticular las tramas de la discursividad, en esta lectura del pasado se mezclaba por un lado la crítica a las tradiciones peronista y marxista, con la autocrítica. Teniendo en cuenta que la “constelación ideológica populismo nacionalista” fue “el polo de referencia para una fracción cada vez más numerosa de intelectuales provenientes de las capas medias progresistas” (Altamirano, 1983, p.7), proponían “reexaminar críticamente nuestro pasado más reciente, condición indispensable para la producción de una izquierda que no sucumba a la doble y deformante tensión hacia el populismo o el dogmatismo” (PDV, 1983b, p. 2). El pasado reciente se convertía en límite de la identidad intelectual en democracia, y se teñía, como venimos afirmando, de una fuerte autocrítica:

Estamos hoy enfrentados a todo nuestro pasado y se sabe, allí no todas las condenas ni todas las acusaciones pueden tener a los militares como objeto. Nuestra autobiografía tiene un lugar abierto para nuestras responsabilidades... (la) soberbia nos hizo creer... que en la claridad de la revolución futura nos habíamos convertido en los amos de la historia (Sarlo, 1984, p. 2).

Se afirmaba que en el pasado el intelectual se había erigido en portavoz de un discurso “significativo para la sociedad, y especialmente, para los sectores populares” (Sarlo, 1985, p.3), representante del pueblo, la nación, la clase o el partido. Y en esta construcción de su rol social y político se habían cruzado la lógica intelectual y la lógica política, con la consecuente “rendición de la lógica intelectual” (Sarlo, 1985, p.4).

Ni en el peronismo ni en los partidos de la izquierda revolucionaria se podía actuar y pensar al mismo tiempo. Entonces la acción comenzó a devorar a la razón crítica sobre la que, de algún modo, se había fundado este movimiento vasto de incorporación de intelectuales y artistas a la política. (...) la política se convirtió en criterio de verdad y aseguró un fundamento único a todas las prácticas (Sarlo, 1985, p. 5).

Se atacaba por igual al peronismo como a la ortodoxia marxista. Y si bien la politización era criticada, ello no significaba abrazar el fin de la historia, de las ideologías y de la política. Frente al inconformismo revolucionario de los setenta, no debía erigirse el conformismo, frente a la mimesis tampoco debía adoptarse la escisión. La intelectualidad estaba destinada a navegar en esos espacios del pensamiento, por lo que llamaba a revisar aquel pasado y a trabajar sobre sus límites. Nuevamente en palabras de Sarlo: “trabajar sobre nuestro encierro corporativo, en el reconocimiento de que también el lugar de los intelectuales y su función pueden ser transformados” (Sarlo, 1985, p. 6). Se trataba de recuperar ese lugar de intervención pública de los intelectuales que, a pesar de los nuevos tiempos de compartimentación y fragmentación del saber, no significara la absorción de los intelectuales por los medios de comunicación y el poder.

Frente a “cierta tendencia a la institucionalización académica del intelectual, reconocido como experto”, a “otra forma de institucionalización, que podríamos llamar estatal o, más genéricamente, política” (Altamirano, 1986, p. 4), de intelectuales en funciones de gobierno, y un último tipo dado por la presencia de los intelectuales en los mass media, desde la revista se apuntaba a otro tipo de rol:

Si la modernidad no ha de ser únicamente una cultura de la eficiencia y la razón instrumental, si la democracia no ha de ser sólo preservación del estado de derecho y ritualización de la competencia política, siempre aparecerán, más allá del poder y de los que aspiran al poder, más allá de la institucionalización académica o estatal, intelectuales que hagan preguntas

impertinentes, reinterpreten el conflicto, lo hagan aparecer y legitimen cuestiones que no figuran en la agenda pública ni merecen la atención de los media (Altamirano, 1986, p. 4).

Ese lugar que la revista se asignaba y le asignaba como desafío a los intelectuales de fin de siglo, era uno que pudiera compatibilizar el compromiso crítico con la vocación democrática; este era el proyecto de Punto de Vista y también su desafío.

Intelectuales de izquierda, en el marco de la democracia. En esta corta frase se resumen varias cuestiones: cómo relacionar perspectivas específicas originadas en las disciplinas con propuestas de carácter e interés público; cómo diseñar intervenciones que mantengan, sin anular, las tensiones entre ideología, política y disciplinas específicas; cómo repensar a la izquierda y proponer transformaciones que profundicen y refuercen el sistema democrático...En el plano discursivo de qué modo articular intervenciones que desborden los límites académicos y los universos clausurados de las jergas para intentar un movimiento expansivo de circulación más democrática de los saberes (PDV, 1987, p.2).

La victoria de Carlos Menem en las elecciones de 1989 fue el fin de una era. Para el proyecto editorial de Punto de Vista significó la aparición de una nueva alteridad, tanto en el plano político como en el cultural. Menem inauguraba un estilo político que se caracterizaba por la clausura del espacio que el alfonsinismo había abierto al debate ideológico y a la controversia; y la política dejaba de ser un terreno de debate para ser sólo un terreno de toma de decisiones. Para la revista, la consecuencia inmediata era la legitimación de la sociedad concebida como mercado y los estados de excepción como respuesta política a la contingencia. El menemismo se presentaba así, claramente antidemocrático y antiintelectual (Sarlo, 1990)⁸.

A la vulnerabilidad del intelectual crítico en el proceso de conversión de los intelectuales en expertos, se sumaba así que cualquier crítica al realismo político que acepta lo existente como lo posible y que encarnaba la política de Menem, era vista como una transgresión que ponía en riesgo la estabilidad del gobierno. Este tipo de limitaciones a la labor intelectual llevó a Sarlo a afirmar la emergencia de un neopopulismo al servicio del mercado y del individualismo, que atentaba contra el espíritu crítico y las ideas (Sarlo, 1993, p.3).⁹

Se iniciaba una década caracterizada por la frustración y la desesperanza intelectual que en Punto de Vista se mezclaba con una posibilidad esperanzadora: que los intelectuales, desde los márgenes y la marginalidad y manteniendo una postura crítica, librarán una nueva batalla cultural.

Revista de Crítica Cultural

El primer número de la Revista de Crítica Cultural, definió el lugar desde el que la misma enunciaba al publicar una foto y el siguiente texto:

La fotografía del viajero de la libertad Mathias Rust aterrizando en la Plaza Roja de Moscú (1987) es parte de la obra video de la artista Lotty Rosenfeld mostrado en la exposición chilena de Berlín (NGBK/1989) durante los meses de la caída del muro y de las elecciones en Chile.

Esta imagen de un trabajo de arte que convierte las mutaciones ideológicas y los cambios políticos (Chile, Alemania, Unión Soviética) en material a editar mediante junturas y cruzamientos de citas en tránsito; esta imagen de un trabajo de arte que interviene líneas divisorias y rayas separativas, le imprime a este primer número la marca inquieta de su referencia a trastocamientos de fronteras entre identidades sociales culturales y nacionales (RCC, 1990, p.2).

La revista sostenía como empresa ir más allá de las fronteras, ir contra los conceptos constituidos a priori, romper el parcelamiento que las posturas dicomóticas realizaban de la realidad y a

⁸ Esta misma nota encabezó el número de abril de 1991 de la RCC.

⁹ El mismo artículo fue publicado por la RCC en mayo de 1994.

partir del arte trastocar los sentidos. En palabras de Richard: “apostemos a que la palabra desencajada del arte o de la literatura en rotura de códigos, siga estremeciendo la racionalidad programática de la ciencia, la política, la ideología” (Richard, 1990a, p.8).

Richard recuperaba, como tradición de pertenencia en la que inscribía a la revista lo que fue la Escena de Avanzada, de la que Lotty Rosenfeld fue parte. A partir de 1977 emergió una escena de prácticas neovanguardistas reagrupadas bajo el nombre de Escena de Avanzada en Chile¹⁰. La Escena se caracterizaba por sus transgresiones artístico-conceptuales, y la exploración de nuevos géneros extra pictóricos tales como la performance, las intervenciones urbanas, la fotografía, el cine o el video. Desde la plástica con artistas como Eugenio Dittborn, Carlos Leppe, Juan Dávila, Carlos Altamirano, el grupo CADA integrado por Diamela Eltit, Juan Castillo, Fernando Balcells, Raúl Zurita y Lotty Rosenfeld. Y desde la literatura: Raúl Zurita, Diamela Eltit, Diego Maquieira, Juan Luis Martínez, Gonzalo Muñoz, Soledad Fariña. Fueron estas las voces críticas de los ochenta las que Richard interpeló y convocó en los noventa reconociendo como pioneros al grupo de artistas chilenos que no se agotaron en “la funcionalidad de lo protestatario-denunciante” (Richard, 1990a, p.6), y que en vez dotaron a la crisis de un vocabulario rebelde. Esa actitud, que define como “posturalidad del margen” es revalorizada en el contexto de los años noventa porque “violentó no sólo la lógica represiva del discurso oficial sino también la codificación ideológica del discurso contestatario chileno” identificado con “la izquierda partidaria y su fraseología militante” (Richard, 1990a, p.7).

Junto a la reposición de este grupo la revista rescataba también un modo de intervención cultural que se diferenciaba tanto de la estética dominante de la oposición al gobierno de Pinochet como al silenciamiento artístico que la dictadura proponía en pos del mercado, y que buscaba quebrar la dicotomización de la realidad apelando al trastocamiento, al entrelugar, al tránsito en los bordes y en los márgenes.

Para derrocar a Pinochet la izquierda apostó a una movilización antidictatorial y masiva. Una de sus apuestas consistió en crear un arte de compromiso político directo que apelara al sujeto nacional y popular. En oposición, los intelectuales que conformarían la revista, se distanciaron de la actividad política y buscaron desde los márgenes, intensificar la ruptura con el pasado; se ubicaban de este modo como más vanguardistas que “la vanguardia de izquierda” en su intento por renovar el pensamiento (Bowen Silva, 2008). En palabras de Richard:

el arte que le sirvió de emblema a la cultura de la resistencia en Chile anti-dictatorial fue el que ilustra el temario político-ideológico de la lucha opositora, parafraseando la simbología militante de la izquierda con su estética del testimonialismo protestatario: monumentalismo del significado y totalitarismo del mensaje, se aliaban para que el predominio de un metarreferente (Anti-dictadura, Memoria, Pueblo, Identidad Nacional, etc...) linealizara la lectura de las obras, censurando cualquier viraje de signos que la desviara del finalismo histórico de estos significados últimos (Richard, 1992, p. 6).

Es así que la Revista de Crítica Cultural rescató las expresiones artísticas que fueron multidisciplinarias y que mezclaron discursos (estéticos, psicoanalíticos, filosóficos, literarios, sociológicos, feministas) contribuyendo a crear relatos ambiguos y multiplicar los sentidos (Ramírez, 2008). Para ello se valió de perspectivas derrideanas, del posestructuralismo y la deconstrucción, como también de la crítica cultural latinoamericana. De algún modo esto suponía crear nuevos pensamientos que ya no podían ser reducidos a la dicotomía ni de la dictadura pinochetista ni de la ortodoxia marxista, y como veremos más adelante, tampoco del lenguaje de la transición.

¹⁰Fue la propia Nelly Richard la que bautizó a un conjunto de prácticas y de artistas con el nombre de Escena de Avanzada en uno de sus escritos más emblemáticos: *Márgenes e Instituciones, Arte en Chile desde 1973*, publicado por primera vez en el número de 1981 de la revista italiana de diseño *Domus*. La forma de esta Escena de Avanzada se configuró en exposiciones nacionales e internacionales, así como en numerosas publicaciones emprendidas, dirigidas y redactadas por la propia Richard.

En tanto la revista reconoce un nuevo escenario signado por la democratización, asume también que los intelectuales, como aquellos de Punto de Vista, debían revisar su posición:

Se desdramatizó la cadena de oposiciones que fijaba la dialéctica del enfrentamiento bajo dictadura, y tuvimos que reaprender el trato con una institución que se tornó de autoritaria a conciliadora, de represiva a dialogante. Debimos abandonar la figura rígida de la exterioridad radical, vuelta obsoleta por como lo integrado y lo marginado se van hoy recombinando con fluidez y ambigüedades dentro del sistema (Richard, 1992, p.6).

Pero si aún confiamos que el rol del intelectual es no sólo interpretar sino también cuestionar la trama social y cultural, abrir puntos de fuga que transgredan la ordenanza de los saberes, ese rol debería confrontar polémicamente el imperativo normalizador de las transiciones democráticas (recuperación-consolidación del orden) a imágenes de la cultura que sigan actuando como vectores de conflicto: es decir como figuras capaces de disturbar y perturbar la lógica moderativa y adaptativa de la institución del mercado (Richard, 1992, p.7).

Si la democracia obligaba a desechar la estrategia oposicional de los años dictatoriales, esto no suponía apoyar desembarazadamente al gobierno de la transición. En su ímpetu crítico la publicación se definía

contraria a la dominante narcisizada de un cierto posmodernismo que le rinde tributo al sistema y a sus fuerzas de neo-conservación del orden por vía del relativismo escéptico (todo valdría igual...después del fracaso de las utopías y de sus crisis de proyectos) y del pluralismo conformista (la pasivización de las diferencias llamadas a coexistir neutralmente bajo un régimen de conciliación que desactiva sus energías confrontacionales) (Richard, 1990b, p.7).

A pesar de ciertas simpatías iniciales con la propuesta de renovación de la izquierda encarada por la Concertación de Partidos por la Democracia, compuesto por la Democracia Cristiana y el Socialismo Renovado, la revista criticó el anclarse en el festejo del pluralismo democrático. Si bien afirmaba que era necesario para el ejercicio de la tolerancia hacia la máxima diversidad de opiniones, “no es suficiente para que esta diversidad articule una competencia de lecturas que libere alternativas de sentidos” (Richard, 1992, p.7). Por ello cuestionaba la política oficial de celebración de las diferencias bajo un régimen neutral.

El proyecto que la revista enarbolaba era el de crear una postura transgresora y transversal en la que los intelectuales debían mantener una vocación rupturista, y a la disidencia como estrategia cultural. En este camino, la transición a la democracia representó para la Revista de Crítica Cultural una nueva alteridad.

Si la transición presentaba a la política como un acuerdo necesario que rompía con las prácticas autoritarias y excluyentes de la dictadura, para la revista inauguraba un futuro preconciado, sin expectativas ni incertidumbres, que estaba en las antípodas de su proyecto. Y junto a la deslegitimación de la transición, se descreía de la capacidad transformadora de las ciencias sociales que en Chile habían tenido un rol importante en su formulación¹¹. Mientras las ciencias sociales eran acusadas de ser incapaces de construir un nuevo pensamiento, Richard le arrogaba esta capacidad a los textos críticos del arte o la literatura que al hablar de la precariedad, a partir de lenguajes incompletos y fragmentarios, evitaban todo tipo de totalizaciones. Afirmaba que, en vez de querer suturar las brechas dejadas por la dictadura, que según Richard fue el intento de las ciencias sociales, el discurso artístico desafiaba la matriz ideológica del discurso político (que afirmaba era compartida por la narrativa analítica de las ciencias sociales) y se encaminaban a reconstruir el pensamiento crítico.¹²

¹¹ Véase Lesgart, 2003.

¹² Siguiendo a Moreiras, el restablecimiento del pensamiento crítico era un gran desafío en la posdictadura en la medida que no bastaba con que los intelectuales se erijieran en disidencia contestataria, que el sistema buscaba incorporar. (Moreiras, 1993, p. 30).

Es así que Richard opone dos dimensiones, la política y la cultural buscando redefinir también en sus intersticios, la función del intelectual en democracia.

Para la RCC, las urgencias de lo político-que se expresan en la sostenida crítica a la hegemonía neoliberal y en la configuración de nuevas subjetividades e imaginarios de izquierda- son incompatibles con las pasiones intelectuales que animan el debate de ideas y con las vocaciones de estilo que obsesionan al arte. La “crítica cultural” permite entrecruzar el análisis de los conflictos sociales y de los antagonismos políticos con las figuraciones indirectas con las que el arte y la función estética resimbolizan las paradojas de la otredad (Richard, 2006, p. 41).

Si las exigencias de la política avasallan las posibilidades creadoras del pensamiento crítico, ello no quiere decir que la revista sostenga una posición antipolítica, sino más bien que confía en la vitalidad del rol crítico como forma de pensar los conflictos y las alteridades, propias de lo político, desde una perspectiva que, valiéndose de las modalidades de intervención y representación artística, cuestione la hegemonía de los grandes discursos vigentes. Podríamos decir que a la revista no le interesan los asuntos que Rosanvallon llamaría “la política” pero sí aquellos que hacen a “lo político” (Rosanvallon, 2003). En este sentido creemos que todas sus intervenciones están guiadas por una concepción de lo político, entendido como articulación de la comunidad, y que su proyecto apeló en los años de la transición, a una práctica deconstructiva capaz de conducir a la creación de un nuevo pensamiento que pudiera reconstituir desde sus fragmentaciones y no desde una nueva sutura, a la sociedad chilena.

Intelectuales en Democracia, a modo de conclusión

Creemos que estos ensayos editoriales a ambos lados de la cordillera, ilustran los modos en los que los intelectuales nucleados tanto en Punto de Vista como en la Revista de Crítica Cultural, definieron y se definieron en el nuevo contexto de la transición democrática. A pesar de su autodefinición como revistas literarias o artísticas, ambas fueron revistas culturales y políticas en la medida que en los años de la transición la política fue una dimensión de la cultura. Si esto resulta más claro en Punto de Vista, que reconoce su pertenencia al mundo político y, en un acto autocrítico, a la militancia en el pasado, y no tanto en la Revista de Crítica Cultural, que no había asumido ese compromiso, creemos que ambas revistas asumen una intervención en clave política por el modo en el que se interrogan sobre las posibilidades de la democracia como trama de significaciones y representaciones de lo común.

Toda identidad construye un linaje que organiza un pasado en función del presente y excluye a otros linajes del campo legítimo. En este sentido, en la construcción de su proyecto ambas revistas construyeron una tradición en la que engarzarse. Y en esa construcción disputaron sentidos con otras alteridades: ya sea el pasado dictatorial, el de izquierda o el populista, cuestionando en estas últimas variables la subordinación de la labor intelectual a favor de la política revolucionaria. De este modo no sólo legitimaron un pasado oposicional a la dictadura, excluyendo del mismo a otros, sino que se autolegitimaron en ese pasado como actores de la cultura.

En la democracia de los años noventa ambas reconocieron una nueva alteridad. En el caso de Punto de Vista la misma estuvo concentrada en el gobierno de Carlos Menem y el lugar del mercado y los medios masivos de comunicación en las determinaciones culturales, mientras que para la Revista de Crítica Cultural su otro fue la limitación de origen que los discursos de la democracia posmoderna inauguró en el Chile de la transición. A pesar de las diferencias con respecto a las particularidades de la transición en cada país (el carácter fundacional de la democracia no pactada con las fuerzas militares en Argentina y el acuerdo con Pinochet que llevó al gobierno a la Concertación en Chile, o las expectativas que para la izquierda suscitó Alfonsín como oportunidad para la reconstrucción del socialismo, al menos hasta la ley de Obediencia Debida en 1986) los años noventa fueron para ambas

un terreno de nuevas fijaciones dicotómicas que no permitían la emergencia de pensamientos rupturistas y críticos, y por ello se erigieron en su contra.

Todas estas definiciones junto a un fin de siglo caracterizado por una mezcla de apocalipsis y humildad, escepticismo y desilusión, autocrítica y aceptación del posmodernismo. de la modernidad periférica o de las culturas híbridas, fueron condicionando el devenir de estas revistas. En este escenario Punto de Vista y Revista de Crítica Cultural buscaron preservar la función crítica de los intelectuales, que suponía abrazar en democracia la cultura de la resistencia tanto frente a la colonización del campo, defendiendo su especificidad y autonomía, como a mantener un discurso del entrelugar que les permitiera navegar en los bordes y en la marginalidad. Una construcción que no fue fácil y que aún hoy es un desafío intelectual.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la Democracia Argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Homo Sapiens, Rosario.
- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Altamirano, C. (1986). El intelectual en la represión y en la democracia. *Punto de Vista*, número 28, noviembre de 1986 pp. 1-4.
- Altamirano, C. (1983). Algunas notas sobre nuestra cultura. En *Cultura Nacional y cultura popular*. *Punto de Vista*, número 18, agosto de 1983, pp. 6-10.
- Altamirano, C. (1982). Lecciones de una guerra. *Punto de Vista*, número 15 de agosto-octubre de 1982, pp.3-5.
- Bowen Silva, M. (2008). El proyecto sociocultural de la izquierda chilena durante la Unidad Popular. *Crítica, verdad e inmunología política*. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, Puesto en línea el 21 enero 2008, consultado el 07 mayo 2013. URL: <http://nuevomundo.revues.org/13732>; DOI: 10.4000/nuevomundo.13732.
- King, J. (1993). Las revistas culturales de la dictadura a la democracia: el caso de Punto de Vista. Karl Kohut, Andrea Pagni (coord.) *Literatura argentina hoy: de la dictadura a la democracia*. *Actas del Coloquio "Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia"*, 28 al 31 de octubre de 1987, pp. 87-95.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Rosario, Ediciones Homo Sapiens.
- Moreiras, A (1993). Postdictadura y reforma del pensamiento. *Revista de Crítica Cultural*, número 7, mayo de 1993, pp. 27-35.
- Olmos, A. C. (2004). Práctica intelectual y discurso crítico en la transición. *Punto de Vista y Novos Estudos del CEBRAP*. *Revista Iberoamericana*, Vol. LXX, Números. 208-209, Julio-Diciembre 2004, 939-955.
- Patiño, R. (2000). Punto de Vista, la persistente mirada intelectual. *Revista Interamericana de Bibliografía*, Vol.48 no.1.
- Patino, R. (1997). Intelectuales en transición. Las revistas culturales en Argentina (1981-1987). *Cuadernos de Recienvenido*, N° 4, São Paulo, Depto. de Letras Modernas/FFLCH/USP, pp 5-34.
- Plotkin M. y González Leandri R. (eds) (2000). El regreso a la democracia y la consolidación de nuevas elites intelectuales. El caso de “Punto de Vista: Revista de cultura”. Buenos Aires (1978-1985). *Localismo y Globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*. Madrid, Biblioteca de Historia de América. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pp. 217-240.
- Pluet-Despatin, J. (1992). Une contribution a l'histoire des intellectuels: les revues. *Cahiers de l'institut d'histoire*, 20, marzo 1992.

- Punto de Vista (1987). Editorial. *Punto de Vista*, número 30 julio-octubre de 1987, pp. 1-2. Punto de Vista (1983a). Editorial. *Punto de Vista*, número 17 de abril-julio 1983, pp. 3.
- Punto de Vista (1983b). Editorial. *Punto de Vista*, número 19, diciembre de 1983 pp. 2-3.
- Punto de Vista (1981). Editorial. *Punto de Vista*, número 12 de julio-octubre 1981, pp. 2.
- Punto de Vista (1978). Contorno en la cultura argentina. *Punto de Vista*, número 4 de noviembre de 1978, pp. 7-9.
- Ramírez Álvarez, C. (2008). Producir una empresa editorial. El caso de la *Revista de Crítica Cultural* en Chile. *Revista ALPHA* N° 26 Julio.
- Revista de Crítica Cultural (1990). Editorial. *Revista de Crítica Cultural*, mayo de 1990, pp. 2.
- Richard, N. (2007). *Márgenes e instituciones*. Santiago de Chile, Metales pesados.
- Richard, N. (1992). Cultura, política y democracia. *Revista de Crítica Cultural*, número 5, julio de 1992, pp. 5-7.
- Richard, N. (1990b). De la rebeldía anarquizante al desmontaje ideológico (crítica y poder). *Revista de Crítica Cultural*, número 2, pp. 6-8.
- Richard, N. (1990a). Estéticas de la oblicuidad. *Revista de Crítica Cultural*, número 1, mayo de 1990, pp. 6-8.
- Richard, N. (2006). Arte, cultura y política en la Revista de Crítica Cultural. *Revista de Crítica Cultural*, número 34, diciembre de 2006, pp. 40-43.
- Rosanvallón, P. (2003). *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Sarlo, B. (1999). Punto de Vista: una revista en dictadura y en democracia en Sosnowski, Saúl (ed.) *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas*. Madrid-Buenos Aires, Alianza Editorial, Pp. 525-533.
- Sarlo, B. (1983). La perseverancia de un debate. *Punto de Vista*, número 18, agosto de 1983, pp. 3-5.
- Sarlo, B. (1984). Una alucinación dispersa en agonía. *Punto de Vista*, número 21, agosto de 1984, pp. 1-4.
- Sarlo, B. (1985). Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?. *Punto de Vista*, número 25, diciembre de 1985, pp. 1-6.
- Sarlo, B. (1990). Menem. *Punto de Vista*, número 39, diciembre de 1990, pp. 1-4.
- Sarlo, B. (1991). Menem (cinismo y exceso). *Revista de Crítica Cultural*, número 3, abril de 1991 pp. 5-8.
- Sarlo, B. (1993). ¿Arcaicos o Marginales? Situación de los intelectuales en el fin de siglo. *Punto de Vista*, número 47, diciembre de 1993, pp. 1-5.
- Sarlo, B. (1994). ¿Arcaicos o Marginales? Situación de los intelectuales en el fin de siglo. *Revista de Crítica Cultural*, número 8, mayo de 1994, pp. 8-13.
- Trímboli, J. (1998). *La izquierda en la Argentina, Conversaciones con Carlos Altamirano, Martín Caparrós, Horacio González, Eduardo Gruner, Emilio de Ípola, León Rozitchner, Beatriz Sarlo, Horacio Tarcus*. Entrevistas de Javier Trímboli. Buenos Aires: Editorial Manantial.